

EL TEMPLETE DE LA HABANA.

A LUIS MOROTE.



E habeis hecho pasar horas tan deliciosas, con los encantos de vuestra pluma de oro y vuestra lira de alabastro, que deseo referiros algo añejo de Cuba; de esta tierra salida de las conchas de nácar y de los palacios de coral del rebelde marido de Anfitrite. Escuchad:

Porque tengo que contaros de cosillas un cahiz.....

Os he admirado y aplaudido, cuando, con devoción artística, nos habeis encaminado por las campiñas del Piamonte y los vergeles de Florencia, removiendo las larvas misteriosas en donde Castelar creyera descubrir los gemidos de Fra Birtolomeo ó el aleteo rumoroso de los ángeles de Fiessole; y sobre todo, al penetrar en Roma, esa ciudad descripta por el sublime soñador como el tesoro de las tristezas eternas, en donde los cipreses murmuran una elegía; sus fuentes lloran la muerte de algún Dios; la luna, al reflejarse en sus mármoles, evoca legiones de blancas sombras, y por do quier muestra amontonadas las ruinas, con sus coronas de ortigas.

Pero para quererlos mucho, he necesitado ver en vuestros hermosos escritos, no la huella polvorosa de los Papas, yendo del Vaticano á San Angelo, á veces entre una lluvia de balas, sino el bosquejo de las gotas de rocío desprendidas del tabaco *vuelta-bajero*, oliendo á mirra oriental; la copia sencillísima del jaspeado matiz de los tulipanes *yumurinos*; el paisaje lejano de la vertiginosa carrera del potro sabanero, ó el eco matinal de las húmedas *yaguás*, cayendo de las palmas reales, en donde se posáran poco antes los tomeguines, los tocororos y los colibríes.

Llegaistes á la Habana, y al descender por el Muelle de Caballería, fué necesario que vieseis el Templete. Sabed que allí se dijo la primera misa por los colonizadores españoles, que trajeron á esta Antilla religión para sentir y ciencias para pensar.

Al Templete le da abrigo una anémica ceiba, de la cual nadie se acuerda.

¿Os imaginais que ese árbol es el mismo que sirvió para la santa oración, en aquellos remotos tiempos? Así se dice en las escuelas habaneras, pero no es verdad. Esa pobre ceiba merecería ser castigada por el Código Penal, en juicio oral y público: ha cometido el delito de suplantación del estado civil, con usurpación de prerogativas que no le pertenecen. Es una heredera falsa, con poderes ilegítimos, del *causa-habiente*. Lo demostraré, recurriendo á los incontrovertibles datos de Ramón de Palma.

Dice el cronista que en 1515, en que la villa de San Cristobal de la Habana fué trasladada desde la costa del Sur, cerca de Batabanó, al lugar y puerto que ahora ocupa, se le conocía con el nombre de *Carenas*. El sitio donde está actualmente el *Cuartel de la Fuerza*, fué el primer asiento de la capital, por ser de terreno más sólido y adecuado, pues la mar se introducía por la banda del Norte, cubriendo todo el espacio que media desde la Catedral hasta el Angel, cuya altura estaba descubierta, así como los terrenos del Monserrate, en los cuales se establecieron después estancias de labor.

Por la parte del Sur se adelantaba el mar casi hasta la llamada *Puerta Nueva*, dejando en seco el barrio que más tarde se denominó *de Campeche*, y se unía con el de la Fuerza, formando así una pequeña península, accesible por un estrecho camino al continente, en la misma línea de la ya demolida *Puerta de Tierra*.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Aunque estos pormenores no parezcan muy oportunos—dice Palma—son curiosos, y servirán por lo menos para que el lector caiga en la cuenta del motivo por qué se eligió el lugar que hoy ocupa el Templete para la primera misa y primer cabildo que se verificaron en esta ciudad.

Palma continúa diciendo: Acertaron á ser estos actos bajo la sombra de una ceiba, que, según las expresiones de Arrate, *se conservaba robusta y frondosa* hasta el año de 1753. Este árbol, si se hubiera cuidado, habría sido un monumento más hermoso y memorable para la Habana que todos los que pudiera levantar la mano del hombre; pero habiéndose *esterilizado*, á fin de conservar el recuerdo de aquel hecho, D. Francisco Cagigal de la Vega, gobernador de esta plaza, dispuso que se levantase en el propio punto un obelisco, el mismo que hoy se ve en el centro del enverjado que está al frente del Templete, y que tiene por nombre el *Padrón de la Habana*, pues están clavadas en sus lados las armas de la ciudad, en láminas de bronce. Tiene también dos inscripciones en planchas del mismo metal, una en latín y otra en castellano, referentes al objeto con que se erigió.

Para perpetuar la memoria del árbol que prestó su sombra á la venerable ceremonia, se plantaron, por orden del Rey, tres nuevas ceibas en torno del obelisco, las cuales, según una nota de Arrate, las condujo del sitio llamado *María Ayala* para sembrarlas allí, el capitán D. Andrés de Acosta. Además del fin con que fué erigido, conserva ese monumento la remembranza gloriosa de haberse alzado al pie de él un panteón, donde en 1796—hace justamente un siglo—se colocó el ataud que contenía los restos del Almirante Colón, antes de conducirlo al lugar en que hoy se halla.

Tan obscurecido y rodeado de inmundicias y casillas llegó á estar el obelisco, que apenas lo descubría la vista de algún curioso; por cuyo motivo, el Excmo. Sr. D. Francisco Dionisio Vives concibió en 1827 el proyecto de reemplazarlo con un monumento más digno y elegante, que, recordando tan piadoso hecho, sirviese á la vez de ornato al departamento más principal y concurrido de la ciudad. Esta idea tuvo buena acogida en el Excmo. Ayuntamiento y en todo el vecindario, costeándose con el concurso público los gastos de la obra.

La ceiba que quedaba de las tres plantadas en 1753, fué derribada; y aunque á los habaneros no les hubiese ofrecido interés alguno (sea por la falta de gusto en esas cosas que aquí se notaba entonces, sea por que se supiere la destrucción de la primera), ello es que sus fragmentos se vendieron para leña, diciéndose, sin embargo, que algunos habían sido comprados para el Museo de Washington, por el Consulado de los Estados Unidos en la Habana.

Concluido el Templete, se celebró su inauguración con gran pompa y magnificencia, el 19 de Marzo de 1828. Los planos de la obra fueron trazados por el Sr. D. Antonio María de la Torre y Cárdenas, y estando este monumento á la vista de todos, nada hay que añadir respecto de su exterior; pero como su entrada no se franquea al público sino una vez al año, será bueno decir, para conocimiento de los que no lo hayan visto, que en su interior hay tres cuadros: uno al frente, que representa el acto de su inauguración, y dos á los lados, concernientes el uno á la primera misa y el otro al primer cabildo, que, según la tradición, se celebraron bajo la ceiba primitiva. Todos fueron pintados por el profesor D. Juan Bautista Bermay.



Visita 1, ilustrado y simpático periodista, el interior del Templete. Descubriros ante los cuadros que recuerdan las hazañas, las glorias, los esfuerzos inauditos de nuestros progenitores. Procurad obtener copias de esos lienzos para que las revistas madrileñas los reproduzcan y puedan salvarse así del moho del olvido. Pero no saludéis á la ceiba actual, porque es una usurpadora. Todavía después de aquellas tres de que nos hablaba Palma, se plantó otra, y por último, otra más. Esa ceiba superviviente es viznietá, cuando mucho, de la solemne y primordial que cobijó, con sombra protectora, á los primeros grandiosos misioneros, en la feracísima tierra de los siboneyes.

El frío expirar del año, y hasta los estertores del siglo XIX, que sucumbe, convidan á la meditación y al análisis tranquilo del pasado. Ya lo ha dicho el más inspirado de los tribunos españoles, con su acento de augur. Las hojas caen de las ramas y surgen de las sepulturas los muertos. Se van las golondrinas de las regiones heladas, pero vienen las almas. Y en medio de tanta tristeza, recuérdanos los campanarios doblando, con sus fúnebres tañidos, que tenemos bajo nuestros piés, lleno el pavimento de sacros esqueletos; sobre nuestro corazón afectos con espíritus puros y sombras de otro mundo, (los cuales afectos constituyen como una religión); en la memoria reminiscencias continuas, ligándonos con lo desconocido y con lo misterioso; en la sensibilidad aspiraciones contradictorias, así á lo eterno como á la muerte, y en el pensamiento conjuros, por cuya virtud y eficacia los muertos rasgan el sudario, rompen el ataud, desvisten la mortaja, viniendo á confundirse con todos nosotros y á darnos unas horas de solemne melancolía, trágica y espiritual, en esta prosaica comedia de costumbres á que llamamos la vida humana...!

Dobre., 96.

ANDRÉS CLEMENTE VAZQUEZ.

*Figaro
Luzuriaga
3/97*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA